"LA APORTACIÓN DE JEREZ A LA HISTORIA DEL CANTE "

Charla de Juan de la Plata en la Peña "Los Cernícalos", la noche del 21 novbre. 2003

Siempre se ha dicho que Jerez es la cuna del cante y esta noche vamos a ver por qué. Especialmente, porque no somos nosotros, los jerezanos, los únicos que lo decimos, sino mucha gente. Por ejemplo, los dos grandes maestros del cante, del siglo XX: Manolo Caracol y Antonio Mairena, que así lo reconocieron, muchas veces. Y otros muchos grandes cantaores, amén de flamencólogos de la categoría del poeta cordobés, Ricardo Molina, que lo dejó escrito en el libro "Mundo y formas del cante flamenco" que escribió con la colaboración de Antonio Mairena. Y el flamencólogo argentino, oriundo del pueblo gaditano de San Roque, Anselmo González Climent. Y también los flamencólogos Tomás Borrás y el malagueño, de ascendencia jerezana, José Carlos de Luna. Todos, estaban de acuerdo en que Jerez era y es la cuna del cante flamenco, del cante jondo, como decían los antiguos, y a mí también me gusta decir. Y la razón de esta afirmación general no era y es otra que la enorme nómina de grandes artistas que Jerez ha dado al cante flamenco.

Por todo ello, esta noche vamos a ahondar en las raíces de la que todos nosotros consideramos más que importante aportación de Jerez a la historia del cante, buscándola en la base de sus primitivos cantaores de los siglos XVIII y XIX. Los que cita el primer flamencólogo, el sevillano Antonio Machado y Alvarez "Demófilo", padre de los poetas Antonio y Manuel Machado; quien, por cierto, cuando escribió su famosa colección de cantes flamencos, se deslumbró más por la lírica que por la música de los que recogió y, cuando hace referencia a los grandes cantaores históricos, se limita a citar sus nombres, especialidad y época, nada más; sin pararse a investigar en la personalidad artística de cada uno de ellos, como hubiera sido lo deseable, dado el deslumbrante momento que atravesaba el cante flamenco, cuando publica su libro, con Juanelo el de Jerez y, sobre todo, con el gran Silverio, vivos todavía y sirviéndoles de valiosos e impagables informantes.

Pero ese es el gran defecto que tuvieron los primeros investigadores del flamenco, en el último tercio del siglo XIX. Que iban buscando más la letra que la forma, el fondo y el contenido musical del cante. Ellos se dedicaron, sobre todo, a recopilar letras y más letras de los cantes que entonces se cantaban. Y, gracias a ellos, nos legaron muchos libros de coplas, pero ninguno dedicado a la música de esas coplas, ni a los prodigiosos intérpretes de las mismas. Si acaso, se limitaban a publicar sus nombres; diciéndonos estas seguiriyas son de fulano y estas soleares de mengano, o aquellos otros cantes del cantaor tal o cual; etc. Si acaso, este autor da breves noticias a pie de página, con algún pequeño comentario, y nada más.

Si observan ustedes las relaciones de cantaores que publica "Demófilo", la más abundante es la de grandes intérpretes jerezanos, encabezada por el que, tanto él como su informante Juanelo, califican de "cantaor más antiguo de que se tiene memoria", como es el mítico y legendario Tío Luis el de la Juliana que, para nosotros, mejor debería ser, Tío Luis el de las Gilianas. O sea, un cantaor de gilianas, unos cantes que eran como especie de romances, ya perdidos, allá por el año 1881, época en que escribe su libro Antonio Machado y Alvarez, y que los investigadores Manuel Ríos Ruiz y José Blas Vega, describen como "cante hoy practicamente desaparecido, con igual estructura estrófica que los romances, por lo que se supone que fue una modalidad de éstos o el nombre que se le dio en determinada época, en la comarca de Cádiz y Los Puertos,

donde la tradición oral nos dice que los miembros de la familia Mellizo cantaban por gilianas".

Téngase en cuenta que fue un cantaor jerezano, de la época, llamado Juanelo, quien informó a "Demófilo" de la existencia de este legendario cantaor, de viva voz, como haría con los demás nombres de la numerosa lista de primitivos cantaores y que el erudito oido de Machado y Alvarez enseguida tradujo Giliana por Juliana, ignorando la existencia de un cante con ese nombre. Y así ha pasado a la historia Tio Luis el de la Giliana, como el de la Juliana. Esta deducción a la que nosotros hemos llegado, y que ya recogimos en nuestro libro "Los apodos de Jerez" está asentada sobre la firme base de que, tras una concienzuda investigación, en archivos y padrones de la época - finales del XVIII – en Jerez no aparece ninguna mujer llamada Juliana y sí un cante, llamado giliana.

Por otra parte, la tradición nos dice que ese cantaor era gitano y aguador. "Demófilo" no cita raza ni oficio, pero sí lo hacen otros autores, que no mencionan más fuente que la tradición oral. Y nosotros no hemos podido encontrar, en las pocas relaciones de aguadores jerezanos de finales del XVIII, que se conservan en el Archivo Histórico Municipal, ningún aguador que fuera de raza gitana. Eso por un lado. Por otro, el único aguador de la época, llamado Luis, era Luis del Castillo, que vivía en la calle Guarnidos, de Jerez. Si Tío Luis era aguador, tuvo que ser forzosamente este Luis del Castillo que – ya el apellido lo canta – no era gitano. A no ser que lo fuera por parte materna, ya que su segundo apellido no consta en las relaciones de aguadores consultadas por nosotros.

De Tío Luis se sabe que era, al parecer, un cantaor de gran repertorio. Así lo afirma "Demófilo", cuando nos dice, con estas mismas palabras, que era "cantaor muy general y que así se cantaba por polos y cañas, como entonaba unas siguiriyas gitanas o una liviana y una toná, de esas que no se encuentran hoy ya en el mundo quien las cante ni por un ojo de la cara. El flamencólogo José Blas Vega lo califica de "verdadero maestro" de las tonás y le atribuye la creación e interpretación de la toná grande, la toná del Cristo y la llamada toná de los pajaritos; cantes que estudia y analiza, minuciosamente, en su libro "Las Tonás"; afirmando que la toná grande de Tio Luis el de la Giliana "es la más importante de todas las tonás por las dificultades con que fue construida", muy por encima de la debla. La toná llamada del Cristo, por razón de su letra, es la que utilizaron don Antonio Chacón, Manuel Torre y otros muchos cantaores jerezanos, como macho o remate de su saeta y que nosotros recordamos haber oído en Jerez, en más de una ocasión, hace ya muchos años, a algunos saeteros, durante nuestra Semana Santa, haciendo el cambio al final de la clásica saeta por seguiriyas jerezana.

En cuanto a la toná de los pajaritos, parece estar relacionada con un milagro con los pájaros que obró San Antonio, siendo niño, cuya letra podría estar basada en una oración a San Antonio, que los ciegos vendían por las calles, a principio del siglo XIX. Existe, además, una toná-liviana, atribuida a Tio Luis, que es la primera que recoge "Demófilo", en su "Colección de Cantes Flamencos", publicada en 1881; cuya letra decía así:

Aunque mueras condená
no tengo e perdonarte;
que me hiciste pasá
unas fatigas mu grande.

Según el erudito investigador sevillano, contemporáneo de Machado, don Francisco Rodríguez Marín, Tío Luis enseñó a cantar a El Fillo y a los jerezanos José y Luis Cantoral. Por lo tanto, hemos de clasificarlo con categoría de primer maestro, o primer

transmisor del cante, hasta donde la memoria popular alcanza a recordar, ya que es el cantaor más antiguo que se conoce y así lo citan todos los estudiosos. Cronológicamente, podemos cifrar aquí el comienzo de la amplia aportación de los cantaores de Jerez a la historia del cante jondo flamenco, sin que nos metamos para nada en elucubraciones y teorías más o menos añejas, que nos puedan hacer caer en la basta, misteriosa, e intrincada nebulosa de tiempos anteriores que, por desconocidos y nada fiables, hemos de desdeñar, en principio; limitándonos a lo que la historia registra, a partir del siglo XVIII, época en que el flamenco se da a conocer como arte; una vez pasada la etapa hermética de éste, en que los gitanos andaluces cantaban únicamente en sus guetos y a escondidas de oídos traicioneros, que pudiesen delatarles y llevarles ante los tribunales; ya que sus habla, su vestimenta y sus cantes, danzas y músicas, les estaban prohibidas por decretos y reales pragmáticas.

De los siglos XVIII y XIX hay otros muchos cantaores jerezanos, que igualmente cita "Demófilo" en su famosa relación de nombre, facilitada por su informante Juanelo el de Jerez; casi todos ellos, considerados como cantaores generales, que cantaban por todos o por casi todos los estilos. Y también habremos de añadir a éstos, un buen plantel de grandes cantaores del siglo XX.

Concretamente, la lista que nuestro paisano Juanelo, residente en Sevilla, por aquél entonces, facilita al padre de los Machado, para su libro "Colección de Cantes Flamencos", es de 29 primerísimas figuras del cante, nacidas entre los siglos XVIII y XIX. Y esta lista, hay que decirlo, es la más numerosa que viene en el libro, pues de Puerto Real, sólo aparecen El Fillo, dos hermanos de éste, llamados Curro Pabla y Juan Encueros y un tal Moya. Del Puerto, aparecen otros cuatro: Tomás el Nitri, Pitarra, Curro Pala y Juan Cortés. De San Fernando, tres: Juan de Dios, que era de la época del Fillo, Perico Piña y la célebre María Borrico, creadora de un cambio de seguiriya que lleva su nombre. Trece nombres se citan de Cádiz capital. A saber: El Planeta – también de la época del Fillo; como Manuel José, otro al que le decían El Muerto, un tal Enrique, Juan Feria, Juanelo de Cádiz, Manuel Quintana, María la Cantorala, y Juana la Sandita; más La Pilí, La Jacoba, El Tío Rivas y La Lola, aquella de la que los hermanos Machado dijeron lo que la vieja copla decía: que "La Lola se va a Los Puertos / y la isla se queda sola" De Sanlúcar, se anotan cinco nombres: Tio Frasco la Mica, La Mica, Pepa la Bochoca, La Cagilona y Paco el Sanluqueño. De Málaga, sólo uno mereció ser recordado: el famosos Juan Breva, al que se le dá como cantaor de malagueñas y peteneras; de Morón : La Andonda y un tal Gallardo. Y, por último, de Sevilla, la lista nada más que da para 10 cantaores, famosos en su tiempo; encabezados por el gran Silvero y que son Paco el Sevillano, un tal Vergara, el Bizco Sevillano, Miguel Bravo, y El Cuervo, junto con los trianeros, La Josefa, La Gómez, Frasco el Colorao y Curro Puya. Estos últimos seguiriyeros de pro.

O sea, que de 71 cantaores que ya conocían la fama, a finales del siglo XIX, de ellos 29 eran de Jerez, lo que nos da la mayor nómina, sobre las demás relaciones que cita "Demófilo" en su libro, repito que escrito y publicado en 1881.

Y para conocer la lista de aquellos grandes cantaores jerezanos, valgan, para empezar, los nombres ilustres del señor Manuel Molina, de El Loco y La Loca Mateo, de Juan Junquera, El Puli, Tia Sarvaora, La Serneta, María la Jaca, La Regalá, La Junquera, La Sandita, los hermanos Tío Juan y Tío Vicente Macarrón – uno de ellos, padre de la célebre bailaora, Juana la Macarrona - y los de la saga de los Cantorales, entre otros. Pero veamos la lista, tal como la da a conocer don Antonio Machado y Alvarez quien la publica por el siguiente orden:

Tio Luis el de la Juliana - del que ya nosotros hemos dicho que debería se de la Giliana y no de la Juliana - (siglo XVII), cantaor general. Lo cual quiere decir que conocía todos los estilos

Tio Luis el Cautivo, también cantador general del siglo XVIII.

Tia María la Jaca, iden.

Tio Vicente Macarrón, iden.

Tio Juan Macarrón, iden.

Tio José Cantoral, principios del siglo XIX.

Tio Corro, del mismo siglo, cantaor generalísimo. O sea que lo conocía y cantaba todo.

Juan Cantoral (principios del XIX).

Luis Jesús, iden.

Juan de Vargas, iden. Cantaor general.

Juan Bernal, iden. Seguiriyero.

Curro Casado, iden., iden.

Luis de Rueda, iden., iden.

El Cuadrillero, iden., iden.

El Proita (época del Fillo), cantaor por tonás.

Tío Manuel Furgante, iden., iden.

Tío Diego el Picaó, ide., iden-

Tia sarvaora, id.; tonás y livianas.

Manuel cantoral, iden.

Rebolledo, iden.

Mercedes la Serneta, iden.

Juanelo, iden.; tonás y livianas.

Curra la Sandita

Salvaorillo.

El Loco Mateo, seguiriyero.

Carito.

La Junquera, tonás y livianas.

María la Regalá, posterior al Fillo

Y Manuel Molina, que “Demófilo” dice que era “generalísimo”.

A todo estos habría que añadir, posteriormente, los nombres de Sebastián el Chato de Jerez, de Paco la Luz, de La Rita, de Salvaorillo (hijo), de La Serrana, don Antonio Chacón, Manuel Torre, Juan Jambre, Juanito Mojama, Isabelita de Jerez, El Garrido, Frijones, La Pompi, El Niño Gloria, José Cepero, El Sernita, Tía Anica la Piriñaca, Tío Borrico, Terremoto... y muchos más, cuya relación sería interminable, hasta llegar a nuestros días.

La aportación de Jerez a la historia flamenca, en general, es importante y muy grande, porque Jerez ha sido siempre un vivero inagotable de buenos y excelentes artistas flamencos; sobre todo de grandes cantaores. Y una particularidad muy curiosa consiste en que la mayoría, por no decir casi el cien por cien de esos cantaores, son todos de raza gitana. Ya lo dije, en mi libro, “Los gitanos de Jerez”: “La aportación de los gitanos jerezanos a la historia del arte flamenco – cante, baile y toque – es realmente amplia y muy importante, desde el siglo XVIII a nuestros días. Desde Tio Luis el de la Giliana, hasta el momento presente, Jerez puede presentar la más extensa nómina de grandes artistas, especialmente de raza gitana.

Jerez vivió tres siglos, el XVIII, el XIX y el XX, de pleno esplendor flamenco. Los dos primeros los conocemos por la obra de “Demófilo” que, si no es muy prolija en datos, si es suficientemente esclarecedora, como para adivinar una gran riqueza cantaora

en el Jerez de esos dos siglos, cuando el cante estaba en su mayor apogeo, recien salido de la oscuridad que le había otorgado la etapa hermética.

El tercero, por propias vivencias, por experiencias propias, por propio protagonismo, y por nuestros propios estudios, en los últimos cincuenta años largos; ya que desde el ecuador del siglo XX, hasta el día de hoy, hemos estado viviendo inmersos en el devenir flamenco de Jerez, con todas las consecuencias; conociendo, escuchando, estudiando y admirando el cante de los buenos y grandes cantaores jerezanos de los últimos tiempos, casi codo con codo, día y noche, con sus más importantes figuras de esos años: Tía Anica la Piriñaca, El Borrico, El Troncho, El Batato, Terremoto, la Paquera, El Sordera, Agujeta, Diego Rubichi, y las más jóvenes generaciones que siguen entusiasmadas y celosas de su arte la vieja y más clásica escuela del cante jondo y puro de Jerez, de ayer y de hoy; de todos los tiempos. Como es el caso de los jóvenes hermanos Antonio y Dolores Agujeta, que no quieren saber más de cante que los que han heredado genéticamente, a través de su padre y éste, a través del suyo, Tío Agujeta el Viejo. O el caso también significativo del joven Fernando Terremoto, que sólo quiere hacer el cante paterno, escuchado desde niño en su propia casa. Y no quiere saber nada más de otras historias modernas.

Aunque, por desgracia, nunca se puede decir "de este agua no he de beber", pues todos sabemos que son muchas las tentaciones que cada día acucian a las nuevas figuras actuales; como es el caso sangrante de mi querido y admirado José Mercé, un cantaor consagrado en Córdoba, tras ganar un premio importante en uno de sus concursos, y luego ganador del Premio Nacional de Cante de la Cátedra de Flamencología de Jerez, que no supo decir "NO" a las grandes ofertas de una multinacional discográfica, para dulcificar y aligerar su cante con aires nada jondos, pero si muy sustanciosamente pagados con muchos millones de pesetas. Y, eso, naturalmente, convence a cualquiera, porque de algo hay que vivir y el cante puro, ya lo sabemos todos, no da ni para ir malviviendo. Eso es así, desde el tiempo en que los "señoritos" eran los que pagaban las fiestas y, si acaso, daban 5 duros por una larga noche de juerga.

Ese es un peligro que está ahí, latente, y siempre tentará a nuestros más jóvenes artistas, especialmente a los nuevos cantaores, sean de Jerez o de otro punto cualquiera de la geografía andaluza.. Desgraciadamente para el cante tradicional, genuino, auténtico y verdadero, mamado a los pechos de sus madres y aprendido desde niños, en el entorno familiar. Un cante, el de Jerez o de cualquier otro punto de Andalucía, que está en peligro irremediable de extinción, por culpa de los que no van buscando en él más que el mero negocio y el vil metal, sin importarle cargarse para siempre un cante tan hermoso como el auténtico cante jondo o flamenco, ya en vías de casi su total desaparición.

Algo que ya nosotros denunciamos, en uno de los últimos números de nuestra "Revista de Flamencología" y que, consecuentemente con nuestra pública denuncia, recurrimos incluso a la Consejería de Cultura, para que el cante flamenco en general, el auténtico y jondo, fuera declarado "Bien de interés cultural y patrimonial de Andalucía", sin que se nos hiciera ni el más mínimo caso; ya que estamos – según se nos dijo - en una democracia con libertad de mercado; como si el flamenco fuera una mercadería y no un arte que hay que preservar; con lo que cada cual puede manipular a su mera conveniencia el arte de nuestro pueblo, con fines completamente lícitos, como es aprovecharse de él, para amasar fortunas; aunque se carguen nuestro flamenco, nuestro cante de toda la vida, una tradición de siglos que se puede ir al garete; que ya estamos viendo como poco a poco desaparece de los teatros y a través de las últimas y novísimas grabaciones discográficas, mal llamadas cedés o, con esa horrible expresión anglosajona de "compat-dics", porque por muy compactos que sean, los discos siguen

siendo discos; porque todos siguen siendo redondos y que yo sepa, aún no se ha inventado el compacto cuadrado.

Volviendo a "Demófilo", en el que encontramos la base del actual y siempre reconocido prestigio flamenco de Jerez, como cuna de grandes cantaores, aclaremos que "Demófilo" quiere decir, "amigo del pueblo", y que, en dicha lista, en la que sólo están los más célebres, porque debería de haber muchos más, hay algunos que ya han sido olvidados de la memoria colectiva; aunque otros siguen estando presentes todavía, a pesar de los siglos transcurridos.

Cuando se nos habla de un cantaor llamado Diego el Picaó, investigando en la misma época, principios del siglo XIX, nosotros hemos encontrado, entre los toreros jerezanos, a un picador llamado Diego García y apodado "Palique", que podría ser este Diego el Picaor, que relaciona "Demófilo", como cantaor jerezano de tonás.

Después vienen los que se cita como cantaores de tonás y livianas y que son Tía Sarvaora, Manuel Cantoral, Rebolledo o Rebollero, Mercedes la Serneta y el propio Juanelo. Curiosamente, no se dice que la Serneta fue una gran especialista en el cante por soleá, que la haría famosa para la posteridad; aunque naturalmente también cantara tonás y livianas. No se dice nada de lo que cantaban, o en qué estilo eran especialistas, Curra la Sandita, Salvaorillo - que fue un gran seguiriyero, al igual que Carito - y María la Regalá. Si sabemos que La Junquera estaba especializada en tonás y livianas y que Manuel Molina era un cantaor para el que el cante no tenía ningún secreto, pues era "generalísimo". Aunque, en otra parte de su libro, "Demófilo", al hablar de una seguiriya que se le atribuye al señor Manuel Molina, el de Jerez, vuelve a decir que era "cantaor generalísimo" y aclara: "esto es, que así cantaba por seguidillas y soledades, como por tonás y livianas".

(Al hilo de esta aclaración, valga un inciso, para anotar aquí la curiosa forma de nominar o escribir los nombres de ciertos cantes que tenían los primitivos investigadores de flamenco; que cuando usaban la jerga popular, escribían seguiriya o siguiriya y, cuando se acordaban de que eran gente docta y letrada, entonces se ponían muy finos y escribían seguidilla, o soledad y soledades, por soleá y soleares, que se corresponden más ciertamente con la forma tradicional de expresión flamenca, y que siempre utilizaron lo mismo los cantaores que los buenos aficionados. Sin embargo, ni "Demófilo", ni los demás investigadores o folkloristas de la época, nunca decían "tonadas", que hubiera sido la expresión culta, al referirse al cante por tonás. Esta es una curiosidad que siempre me ha llamado la atención, al leer a determinados eruditos de finales del XIX y principios del pasado siglo. Los gitanos, por otra parte, decían y dicen "seriguiya" o "siriguiya". Y nunca "soleares"; sino cante por "soleá". Otra curiosidad, digna de estudio para los filólogos del flamenco).

De estos casi treinta cantaores de fuste, que hemos anteriormente mencionado, pertenecientes a los dos primeros siglos del flamenco, estamos casi seguros que doce de ellos, al menos, eran de raza gitana y el resto, puede que no, a juzgar por sus apellidos. Ya que Bernal, Casado, Rueda, Rebolledo y García, en Jerez no han sido nunca apellidos gitanos. Si Rebolledo, como nosotros creemos, era más bien "Cebollero", puede que fuera apodo y no apellido y, entonces, sí podría ser gitano. De todas formas, de este cantaor no ha trascendido su nombre y podemos asegurar que, históricamente, está hoy día totalmente borrado de la memoria colectiva del pueblo de Jerez, por muy buen cantaor que fuera. En cambio, los apodos de Macarrón, Cantoral, Serneta y Regalá, por ejemplo, son de una clara procedencia gitana y, junto a otros nombres y apodos, siguen viviendo todavía en la memoria flamenca de Jerez. Y la abundancia de cantaores gitanos entre los más notables de la época, nos hace pensar lo que en Jerez siempre ha estado más claro que el agua: que el cante de Jerez principalmente lo crearon

y practicaron, originariamente, artistas de raza gitana. Sobre todo, si a éstos que hemos citado, se le agregan otros nombres y apodos de singular nombradía como los Torre, los Loreto, los Pantoja, los Ramos, Joaquin la Cherna, Paco la Luz y su hija La Serrana, Frijones, El Gloria y sus hermanas las dos Pompis, Isabelita de Jerez, Juanito Mojama; y más recientemente Cabeza, Sernita, Tia Anica la Piriñaca, Diamante Negro, La Paquera, El Guapo, El Sordera, los Agujetas, los Rubichi, los Moneos, etc., etc.

En el cante de Jerez siempre han predominado los grandes cantaores gitanos; pudiendo calificar de relevantes excepciones los nombres de Chacón, Salvaorillo, Juanelo, Carito, El Garrido, Luisita Requejo, el gran maestro José Cepero y algunos más; más bien pocos. Modernamente recordamos los nombres de cantaores ya desaparecidos, casi todos, pertenecientes a la pasada centuria, a los que conocimos, tratamos y escuchamos muchas veces. Tales Pepe el Tordo, El Batato, El Troncho – que era un fiel copista de Chacón -, Juan Acosta, Eduardo el Carbonero, Rafael de Jerez, Manolita de Jerez –fallecida recientemente, a muy avanzada edad-, Manolo Sevilla, Aliaño, Eduardo Soto, Canalejas de Jerez – que vive todavía, ya apartado del cante -, entre otros muchos. Ninguno de ellos perteneciente a la raza calé.

Y esto es muy significativo, por cuanto los cantaores gitanos han sido los que más renombre le han dado a Jerez, en el terreno del flamenco, como es más que público y notorio. Muy especialmente, porque la mayoría de los cantaores gitanos crearon escuela y, entre los que no son de dicha raza, únicamente Chacón, don Antonio Chacón, pudo alcanzar a crear escuela, porque fue un cantaor realmente fuera de serie y, como hubiera dicho de él don Antonio Machado y Alvarez, de los llamados "generalísimo" y, además, con mando en plaza. Un cantaor andaluz, jerezano, no gitano, que revolucionó el cante de su época; pero que cuando no podía con la competencia, llamaba a Manuel Torre o a Frijones, para que le resolvieran la papeleta, como demuestran más de una anécdota, en tal sentido. Lo que, por otra parte, aumentaba su indiscutible grandeza, al reconocer con ello sus propias limitaciones artísticas.

Concretamente, Chacón le tiró una vez su capa, públicamente, a Manuel Torre, después de oirle cantar, en un café-cantante de Sevilla, y dicen que si no lo sujeta Salvaorillo, que era compadre suyo, se hubiera tirado él también, desde el palco donde estaba. ¡Y eso que él fue el que le puso el mote de "Majareta"! Y también sabemos que a Frijones, le gustaba escucharle cantar con frecuencia, cada vez que bajaba de Madrid a Sevilla o a Jerez; sobre todo su célebre soleá que le entusiasmaba sobremanera.

Porque Chacón, además de ser un grandísimo cantaor, al que unos llamaron el "pontífice del cante flamenco" y otros "el papa del cante" - él decía que era porque le veían gordo y con cara de obispo – fue sobre todo, por encima de un maestro y un creador, un inteligente aficionado y un degustador del buen cante. La prueba está en lo que se cuenta de que muchas noches, después de haber ganado un curioso dinero, en alguna juerga o reunión de entendidos, don Antonio llamaba a sus compañeros menos favorecidos por la suerte, pero todos ellos excelentes cantaores, y se gastaba con ellos, escuchándoles cantar, buena parte de sus propias ganancias.

Lástima que, en 1881, fecha de publicación de las listas de "Demófilo", aún Chacón era apenas un niño de unos doce años, que aún tardaría algo más – dos años en concreto, según se asegura - en darse a conocer. Por eso no aparece en dichas relación. Partiendo su carrera de éxito, desde el mismo momento en que, siendo un niño todavía, lo escuchara cantar, en Jerez, el legendario cantaor gaditano Enrique el Mellizo, en una fiesta que dio en una tienda de vinos de la plaza del Progreso, el matador de toros Manuel Hermosilla.

Del cante de Chacón dijo el escritor Manuel Siurot que era como "néctar generoso,

catedral gótica; meca de todos los que han cerrado los ojos, delante de una guitarra; ideal de todos los idealistas y cumbre de un arte inmortal". Y a la historia del cante, Chacón aportaría su prodigiosa malagueña, elogiada por el mismo Juan Breva, en el Café de Chinitas: "Cantas tú, mejor que yo – le dijo un día - esa malagueña nueva". Su media granaína, su taranta, su cartagenera, también son ya historia. Dominaba todos los estilos de Levante y su cante era dulce, humanizado, sin desgarros gitanos, pero hablado, musicalmente muy bien dicho. Dicen que Silverio lloraba escuchándole y que solía gritar, al terminar de cantar: "¡Qué bárbaro, qué bárbaro!". Todavía funciona la escuela que dejó abierta y que muchos tuvieron el buen gusto de seguir más o menos fielmente.

Si únicamente aportara Jerez a la historia del cante, un cantaor de esta categoría, similar a la de Silverio, ya sería suficiente. Pero es que, dejando aparte a los no gitanos, entre lo que no hay que olvidar a Cepero y sus majestuosos fandangos de creación personal, la verdad es que todavía se recuerdan - o hasta hace muy poco se han recordado - los cantes de la mayoría de sus grandes y más célebres artistas gitanos. Sirvan de ejemplo las seguiriyas del señor Manuel Molina; las soleares de La Serneta y de Frijones; los fandangos y los martinetes del Gloria; la soleá de Charamusco que Mairena reconstruyó, desempolvándola del olvido; las seguiriyas de Paco la Luz y de su hija La Serrana; la soleá y la seguiriya del Loco Mateo; las cabales de Carito; las seguiriyas de Mojama y ¡qué decir de Manuel Torre!, cuya aportación a la historia del cante flamenco, está viva todavía, sobre todo a través de sus más decididos seguidores Antonio el Chocolate y Manuel Agujeta y sus hijos, que son los más claros continuadores actuales de su escuela cantaora.

Manuel Torre fue también un cantaor completo, "generalísimo" por seguir con la calificación utilizada por "Demófilo". Lo cantaba todo. Desde el tango y la farruca de sus comienzos a la dramática seguiriya que le consagraría total y definitivamente, hasta llevarle a la inmortalidad de los grandes genios. Sus seguiriyas, sobre todo, se han cantado y se siguen cantando por los buenos cantaores, desde hace setenta años para acá. Y hay, sobre todo, una seguiriya, un macho o cambio, un remate de seguiriya que Manuel Torre aportó y dejó ahí, en la historia del mejor cante jondo, como una cumbre inconquistable, un hito glorioso, una meta a la que muchos han querido llegar y pocos lo han conseguido. Pero ahí está. Ahí está su seguiriya de "Santiago y Santa Ana" que Manuel solía llamar "la grande" y que, después de él, entre otros, cantaron y dejaron grabada en discos, Manolo Caracol, Antonio Mairena, Chocolate, Terremoto, Agujeta de Jerez y José Mercé. Pero, ninguno sin llegar a la misma cota del faraón jerezano, del que García Lorca dejó dicho y escrito que era "el hombre con más cultura en la sangre, que había conocido".

Personalmente creo que, con las malagueñas de don Antonio Chacón, este cambio de seguiriyas que inmortalizó Manuel Torre, junto con sus demás cantes por el mismo estilo, ha sido uno de los dos tesoros más importantes, que Jerez ha aportado a la historia y a la música desgarrada del cante flamenco. Siendo el cante de Manuel mucho más jondo que el de su propio paisano, protector y amigo Chacón; pues ya sabéis lo que Fernando el de Triana solía decir: "Chacón el que mejor cantaba. Manuel Torre el que mejor cantó"

Pero hay otra cosa más en Jerez que, aparentemente, no tendría mayor importancia, si no fuera porque también supone, al mismo tiempo, una clara excepción: la cantera. Sí, la cantera que aquellos grandes artistas dejaron estudiando, en la fabulosa escuela de cante que supieron crear, mantener y dejar para la posteridad; y que Jerez ha sabido conservar y mimar con el mayor escrúpulo y cuidado, hasta nuestros días.

Y esa cantera, salvo mínimas y contadísimas excepciones, que confirmarían la regla, está todavía viva y palpitante en el corazón del pueblo flamenco jerezano. Una pléyade de jóvenes y menos jovenes se ufanan de seguir los pasos de nuestros grandes maestros; se enorgullecen de cantar al estilo de los viejos patriarcas ya desaparecidos. Y para ello, en las numerosas peñas flamencas de nuestra ciudad encuentran siempre el aliento y el respaldo que necesitan, para continuar estudiando, aprendiendo y cultivando el cante de sus mayores; y seguir adelante. Tal es el caso de Manuel Carpio "El Garbanzo", de Diego Rubichi, del Nano y El Gordo, de Fernando de la Morena, de los Hermanos Zambo, de Manuel, Juan y Luis Moneo, etc., etc. porque son muchos y todos buenos. Y entre los más jóvenes, están los hermanos Antonio y Dolores Agujeta, Terremoto hijo, Tomasa la Macanita, Alfonso el Mijita, Zarzuelita, La Cantarota, Ezequiel Benitez, La Melchora, La Felipa y tanto y tantos otros.

Un bonito ejemplo de la afición y el respeto que las nuevas generaciones de cantaores jerezanos siguen teniendo por la tradición de los mejores cantes de nuestra tierra y por la herencia de los célebres artistas que en Jerez vieron la luz, cuyos nombres quedaron ya grabados, para siempre, con letras de otro, en el libro de la historia del mejor cante flamenco, como la gran aportación de Jerez a las historia flamenca de Andalucía.

Y para terminar, me vais a permitir que os lea el trozo final de un poema de mi libro de poesía flamenca "Cantando para adentro", en el que hago referencia a todos aquellos magníficos artistas flamencos de Jerez que ya pasaron a la historia. Dice así el poema, que titulo "Memoria Jonda", escrito y publicado por vez primera en 1993:

Mi pueblo es un río de olvidos y cantares;
un yacimiento de viejas historias, recordadas en el tiempo;
una voz y mil voces más que levantan legendarios ecos,
sobre el catavino de sol de su indolencia de siglos;
una guitarra que suena a vida o a muerte,
desde el fondo de sus oscuras bodegas centenarias.

Míticos nombres de gloriosa gente cantaora
perviven en la memoria jonda de este antiguo pueblo mío,
galopan a caballo desbocado por su labio delirante,
exhalan dulces lamentos de enamorados
o nos hieren el alma con quejas como dardos emponzoñados.

Mi pueblo es apasionado y sentimental en su cante por soleá,
triste y desgarrado en la trágica seguiriya,
bullicioso en sus fiestas de arrebatadas bulerías.
Contra corriente canta su orgullo de raza, sabia y fatalista.

Este hermoso y amado pueblo mío me hace vivir y soñar,
sentirme la piel enfebrecida de escalofríos,
embriagarme con el vino de sus palmas y gozosos jaleos,
nacer y morir en la filosofía de cada copla atribulada.
Torres y Glorias de plazuelas y campos, Chacones de sol,
pájaros de rabia y luto, Serneta de amorosos suspiros;
alas de Malenas y Macarronas, frágiles diosas de la danza,
telethusas de salobres besos; jondos pozos de viento de Javier Molina,
Rafael del Aguila y el de la Jeroma, donde se ahogaban
todas las penas del mundo.

Después de mil, años de muertos y por gusanos comidos
habrán de encontrar en vuestros huesos señales indelebles
de dolor; rastros de inmortales sentencias;
imperecederos ecos de voces, apagados sonidos, huellas de dedos
que acariciaron armoniosas cuerdas de guitarras;
la menta de los volantes y el revuelo de almidonadas batas de cola,
descubriendo todos los misterios del mundo,
como en aquellas noches de juerga y vino, en las que fuisteis
inolvidables y admirados oficiantes del rito, insólitos protagonistas
de un drama desolador y eterno.

Por vuestra jonda memoria bebo y repito vuestros nombres de oro
que escribo cantando en las páginas del aire de este pueblo,
cuyo vino beso y bendigo por hacer olvidar tanta miseria,
como arrastraba vuestro grito nacido del más injusto desamparo:
Tío Luis, Marrurros, Cantorales, Juanelos, Salvaorillos,
Paco la Luz, Serrana, Antúnez, La Requejo, Frijones,
Isabelita la Cantaora, Juan Jambre, Mojama, Terremotos, Tía Juana...
¡Mis queridos inmortales flamencos, ya en silencio,
pero no en olvido!
Nunca en olvido.
¡Nunca!